

LA FAMILIA DEL GENERAL BORJA Y LOS CARTELES ROTOS

Por José MARTÍN RECUERDA

ROSARIO «la mitinera» ha dicho por todo el pueblo que el general Borja y su familia van a regresar, después de muchos años, a la casa, casi palacio, que tienen en las afueras del pueblo, muy cerca del mar y de las plantaciones de caña de azúcar y muy cerca también de la finca donde pasan sus vacaciones los Reyes de Bélgica.

Ante la noticia, el alboroto ha sido grande: llega la familia del general Borja, además, en plenas fiestas del pueblo, donde apenas se cantan y bailan las sevillanas, gracias a Dios, sino los ritmos mal tocados y mal bailados de los «rockeros» de turno. No sabemos de dónde vienen estos «rockeros»: si de Europa o disfrazados de norteamericanos, con sus zarcillos puestos y sus largas melenas. Muchos dicen que como han oído hablar de que estamos en Europa, los «rockeros», que quizá sean de los pueblos de al lado, están disfrazados ridículamente. Rosario «la mitinera» comenta que «qué más da que se crea lo que se crea», porque ella piensa que «como es imposible que la cultura de España entre en Europa, ya que no existe, porque no la dejan existir, no importa que los españoles imiten lo que imiten, ya proceda la imitación de los pueblos europeos, asiáticos o de las Américas». Y sigue diciendo Rosario: «que como nadie sabe lo que quiere, ni a dónde se va con tantas elecciones generales o municipales, que lo mismo da ver a los grupos de catetos bailando las sevillanas que imitando a los «rockeros» que se ven por la «tele»».

Lo cierto es que a pesar de la fiesta, llega la familia del general Borja. Familia toda nacida en aquel pueblo, donde también nació Rosario y sus hijos y todos se criaron juntos. Por eso Rosario ha buscado a otras mujeres del pueblo y están limpiando la casa, empujando por desollar toda la infinidad de carteles electorales que hay pegados en las paredes del casi palacio abandonado del general Borja. Dentro de la casa hay de todo: desde cuadros enormes donde se ve al general Franco entrando bajo palio por la puerta de la catedral de Sevilla, hasta la batalla que se dio en la calle Bailén, cuando la toma de Madrid, e incluso un piano viejo con un mantón de Manila por encima comido de polillas. Pero la desazón y el alboroto de Rosario «la mitinera» y demás personas que limpian la casa, es volver a ver al general, a su mujer y a sus hijos, que, por supuesto, estarán educadísimo, tendrán todos carrera y grandes colocaciones en España y en el extranjero.

He ido con estas personas porque es un encanto oírles hablar en andaluz «rajao» y me admiro de tanto como sabe Rosario. Tiene dos hijos. El mayor es un basurero colocado en el Ayuntamiento por un alcalde del antiguo régimen y la gente desconfía de él hasta el punto de esconderle las basuras para que lo echen del oficio. El menor aprendió en la escuela la vida y muerte de Blas Infante y está obsesionado porque Andalucía siga los caminos que Blas Infante quería y no los de los que mandan ahora. Tampoco lo puede ver nadie en el pueblo, entre otras cosas, porque nadie sabe la vida y menos la causa por la que murió Blas Infante.

Estando con las «limpiaoras» de la casa del general, escuchamos el frenar de un coche. Salieron todas en sigilo y acabaron apedreándolo porque decían que en el coche iba una que se la daba de princesa mora y quería comprar el palacete del general para se-

guir traficando en armas y drogas, «que era una de las que más traficaba en eso que llama ahora la gente dinero negro».

Pero llegó la familia del general —ya en retiro éste— y todo se volvió una alegría grande de besos y abrazos, mientras la maldita música «rockera» no dejaba de sonar. Los hijos eran y son tres. Y en efecto, todos tienen carreras y grandes puestos de trabajo en España y fuera de España. El mayor, el Paco, llegó casado con una negra de la que, según dijo, se había enamorado en Harlem y que se habían ido a vivir cerca de Nevada porque su carrera de físico y electrónico le había hecho un gran sabio y él quería saber todos los secretos de los más ocultos misiles, bombas atómicas y demás utensilios para la destrucción de la Humanidad. Rosario se quedó pasmada cuando oyó salir del Paco unas palabras que encerraban un odio atroz. Eran éstas: «Cuanto más se destruya a la Humanidad, mejor. Así habrá menos paro y menos hambre.»

El segundo de los hijos —que le dio de mamar Rosario— era abogado y al parecer muy bien colocado por el general en un bufete de prestigio. Rosario se quedó también pasmada cuando oyó decir al Luis que «había abandonado el bufete y que se dedicaba a no saber dónde ir, pero era igual, porque tenía dinero».

No supimos nadie de donde procedía el dinero de Luis hasta que toda aquella alegría de besos y abrazos se fue convirtiendo en una tremenda tragedia que cada hijo del general Borja llevaba muy dentro del alma. El dinero de Luis había sido robado en cajas de Bancos y hasta llegó a asesinar a un cajero. Había pertenecido a bandas de atracadores.

La menor de los tres es Lola. Lola estudió medicina y dijo que «le gustaba mucho ir al parque del Oeste madrileño a ver a los niños jugar». También dijo que «a veces se perdía de Madrid y se iba a Londres».

Pero cuando se veía venir algo turbio, doña Catalina, la Cati para la Rosario, desaguaba todo contando los hermosos recuerdos de su juventud en el pueblo y tocaba el piano del mantón apolillado. Y hasta cantaba viejas canciones de Machín y otras de aquellos tiempos, ya que nadie ignoraba, ni la familia, ni la Rosario, ni las mujeres del pueblo, que ella, en plena juventud, había sido vocalista en barcos de pasajeros y que, como «La Caramba», había sido puta arrepentida antes de casarse con el general, hijo éste a su vez de los dueños de las plantaciones y del palacete olvidado. Pero el general Borja, desde niño, quiso a la Cati siempre. Esto me lo dijo en secreto Rosario «la mitinera», que lo sabía todo.

Cuando ya deshicieron maletas, colocaron ropas, limpiaron todo, se instalaron bien, Rosario y las otras mujeres, madres de hijos pescadores, empezaron a freír pescado, sin dejar de seguir desollando carteles de las elecciones, como las que quieren borrar no sólo unos recuerdos, para ellas vanos, sino alejar de sus cabezas las caras de tantos po-

líticos que ellas decían «que no creían en ellos», «que no servían para nada», «que no habían solucionado nada», «que no solucionarían nunca nada». Es decir, no tenían fe

ni en un presente ni en un futuro. Yo estaba, de verdad, asombrado, como siempre, reflexionando en aquella España que veía en el fondo de todos aquellos seres. Me hubiera gustado saber mucho más de todos, pero imposible: creo que de la vida humana poco puede saberse nunca.

De las cosas peores de aquel encuentro fue cuando llegó herido al palacete el hijo mayor de la Rosario. Lo habían apedreado en la fiesta «rockera» y había ido en busca de su madre. Contaba que también apedrearon a su hermano cuando dijo que nada de lo que estaba ocurriendo en todos los pueblos andaluces se correspondía con las ideas de Blas Infante.

La Lola fue en seguida en busca de su botiquín para curar las heridas del basurero, pero éste no quiso que la Lola lo curara. La Lola se humilló y se subió a su habitación sin querer comer. Algo pasaba más profundo

que ni la Rosario ni las otras mujeres estaban enteradas. El basurero y los muchachos del pueblo, sí, porque me lo dijeron a mí. Me dijeron que la Lola había abortado muchas veces y que por eso se iba a Londres y después, con grandes remordimientos, cuando volvía de Londres, se paseaba por el parque del Oeste para ver a los niños jugar y que, además, su carrera de medicina la utilizaba para ayudar a todas aquellas personas jóvenes que querían abortar.

Yo, angustiado, no sabía qué hacer después de haber conocido a aquella familia que, tal vez, podrían haberse querido mucho y tener unas vidas felices. Me atormenté pensando en una juventud española destruida. ¿Quiénes serían los culpables de todo? ¿La misma juventud o una sociedad degenerada por un materialismo salvaje y hasta suicida? Ni lo sé. Lo cierto es que todo esto vi; que todo esto me siguió torturando muchos días.

Al final me enteré de que la princesa mora compró el palacete y las plantaciones del general Borja, que a eso llevó allí, en época de elecciones, el general a sus hijos, con objeto de vender lo que era suyo y poder redimir a su familia. Nada fue así. Supe después —lo supo también el pueblo entero— que los hijos del general Borja no aceptaron que el padre vendiera lo que era suyo, para recibir un dinero de aquella falsa princesa mora traficante en armas y toda clase de negocios ilegales.

Reflexiono mucho y pienso que no sé quiénes son los culpables de todo este desastroso mundo que observé en el general Borja y en su familia. Después de esta experiencia me he preguntado cientos de veces: ¿Cómo remediar todo? ¿Quiénes serán los culpables? ¿Cómo es en verdad la juventud cambiante y combativa de nuestros días?

Cuando paso por el palacete, me encuentro muchos carteles rotos que el aire va llevándolos al mar. Qué lástima de esfuerzos baldíos o salvadores. No lo sé bien. Pero confiamos en un futuro cierto, ¿qué remedio nos queda?



José Martín Recuerda
Escritor